



***Mula*: el arquetipo decadente de un mito incombustible**

(*The Mule*. Clint Eastwood, 2018)

Haberlo sido “casi” todo en el cine (actor, director, productor, músico y compositor, nunca guionista) hace de Clint Eastwood uno de esos viejos mitos que ya no necesitan demostrar nada, del que se tiene siempre la sensación de estar ante su última película y que, sin embargo, a sus casi 90 años, vuelve a aparecer en la pantalla con su arquetipo personal (algo de lo que muy pocos pueden presumir), “casi” intacto. Y subrayamos por dos veces el adverbio “casi”, porque como todos los grandes el mito estadounidense tiene sus detractores; y porque como todos los astros que optan por morir con las botas puestas, deja un rastro de su propia, egregia, decadencia, cuya sombra, en este caso, es asombrosamente alargada. Con un guion de Nick Schenk escrito a su medida, con un papel al parecer basado en un personaje real que Eastwood sabe hacer suyo, el de anciano testarudo pero apuesto y arrogante, todo un cliché, aparece en una película de gran reparto como el único eje narrativo de una historia en la que todos los elementos aparecen subordinados a la sublimación del héroe incombustible.

El maniqueísmo clásico en las películas al estilo Eastwood, que afecta a sus propios personajes, a la vez tan buenos y tan malos, asoma una vez en *The Mule*, una historia interesante que tiene su mayor virtud en la entidad del actor y al tiempo, en ella, su principal limitación, al someterse de forma irreductible a un arquetipo que ha sabido evolucionar

hacia la antítesis de su propia tipología. Todo un cúmulo de contrastes. Porque lo más notable es un guion construido con carpintería de precisión y sin embargo descuidado en todo lo que afecta a los matices, a las sombras y los claroscuros, es su eficacia calculada para satisfacer las necesidades del mito y los cánones que cabe esperar en una

película que rinde culto no solo a un género, sino también a un arquetipo. Al igual que en una película de género, tipo western, se admiten todos los tópicos como convencionalismos del género, a las películas de Clint Eastwood se les perdona todo aquello que forma parte del mundo convencional de un grande del cine, algo consustancial a su personalidad indiscutible como cineasta.



¿Qué clase de tipo sería capaz de dar platón a su hija el día de su boda y presentarse sin más, doce años después, a buscar cobijo familiar después de haberlo perdido todo?

Esta es la pregunta que parece plantearnos el propio filme en su inicio, en función de sus dos primeras secuencias. Y en la propia película está implícita la respuesta que define a un personaje en línea *Gran Torino*: un tipo rudo, huraño, absolutamente egoísta que solo piensa en sí mismo.



Con plena eficacia narrativa, la película se conduce de la forma más sintética posible, con las mínimas escenas necesarias para una definición esquemática a partir del arquetipo archiconocido del protagonista y

plantear la trama que construye a partir de la previsibilidad.

El guion es de libro: primero describir al personaje como el anciano egocéntrico – excéntrico que desprecia a su propia familia para atender a sus debilidades; para rápidamente pasarle la factura y situarle en una situación límite, sin casa, sin oficio, sin afecto de nadie... El tipo perfecto para ser captado por una banda de narcotraficantes para conducir su camioneta con la droga camuflada sin despertar sospechas.

Cuando en paralelo se presenta al joven agente de la unidad de estupefacientes, está claro que los caminos irán confluyendo en una escalada episódica que los irá acercando exponencialmente y con sus singularidades y paradojas.

Los sucesivos viajes marcan el camino episódico, en los que previsiblemente el anciano se va viendo cada vez más involucrado en la banda, con encargos más arriesgados, y las pesquisas del agente que sigue sus pasos. A falta de verdaderos personajes, más allá de la referencia Clint Eastwood, las tipologías de los antagonistas se cifran también en la identidad de sus intérpretes: un desangelado Bradley Cooper que trata de humanizar un personaje de cartón piedra; y un Andy García que hace lo que puede para manejarse con mínima dignidad con el tópico del jefe del clan, el capo malvado, mexicano al gusto de Trump, que vive en una lujosa mansión rodeado de hembras sin ropa y de secuaces que tampoco salen del estándar.





La familia como arquetipo del bien

Otro elemento definitorio de esta degradación senil del apuesto Eastwood, empeñada en humanizarle mostrando con descaro su envejecimiento, es la manipulación de los sentimientos de los personajes de su entorno (del odio absoluto al amor paterno-filial por el camino del arrepentimiento), en una cierta búsqueda de sentimentalismo, que tampoco despierta muchos sentimientos, pues nada escapa al tópico y al consabido esquema del hombre que tiene su merecido por una vida descarriada que solo al final toma conciencia, quiere volver al sendero y en un gesto que presuntamente quiere salvar su dignidad, apuesta por aceptar su culpa y solicitar el merecido castigo.

Lo dicho: a los grandes mitos se les pueden perdonar, incluso, lo imperdonable.

Federico García Serrano



Título original: The Mule
Año: 2018. **Duración:** 116 min.

Dirección: Clint Eastwood
Guion: Nick Schenk (Artículo: Sam Dolnick)

Música: Arturo Sandoval

Fotografía: Yves Bélanger

Reparto:

Clint Eastwood, Bradley Cooper, Dianne Wiest, Michael Peña, Taissa Farmiga, Laurence Fishburne, Ignacio Serricchio, Alison Eastwood, Andy García, Diego Cataño, Robert LaSardo, Lobo Sebastian, Clifton Collins Jr., Manny Montana, Jill Flint, Noel Gugliemi, Loren Dean, Katie Gill, Daniel Moncada, Victor Rasuk.

Productora:

Imperative Entertainment / Warner Bros. / Bron Studios / Malpaso Productions. Distribuida por Warner Bros.

<https://www.filmaffinity.com/es/film817075.html>

<https://www.imdb.com/title/tt7959026/>

www.elpuenterojo.es

ISBN-2530-4771